

La vida doble de Arturo Fontaine¹

(FRAGMENTO)

Pero nuestra retórica, ese lenguaje que era el hogar de nuestra utopía, el lugar de nuestro no lugar, se acabó. Porque esa retórica y la liturgia del monte con sus caminatas, fogatas y guitarreos, ese lenguaje adictivo, te digo, fue la fragua de la hermandad entre desconocidos clandestinos que sólo sabían –o debían saber– su chapa, pero estaban preparados para morir juntos mañana mismo. Esto la gente de hoy no se lo cree: la grandeza interior que hacía vibrar el alma al sentirse parte de la vanguardia, de los elegidos.

Por esos días Claudia me convidó a conocer a un muchacho, un joven universitario chileno que venía de Cuba a estudiar por unos meses. (¿Quién podría hoy imaginar el sueño que en ese tiempo encarnó Cuba para nosotros?). Se llama Francisco, me dijo. Su madre perteneció a Hacha Roja y él se crió en un internado con un grupo de niños cuyos padres ingresaron clandestinos a Chile a combatir. Claudia no sabía nada de esa experiencia. Fue una medida de seguridad, le explico. Era conveniente para evitar la extorsión moral. Ella abre los ojos. Y de repente me están temblando las manos y le digo a gritos: ¡Era indispensable! De otro modo ¡cómo! ¿No te das cuenta? ¡En qué mundo de angelitos vivías tú, boluda! Claudia me mira y enmudece. Perdona, me dice, perdona. Me callo, por supuesto, que debí enviar a Anita a ese hogar de hijos de combatientes en La Habana y nunca lo hice. Me callo, por supuesto, el precio que pagué por ello.

El pibe, me dice Claudia acongojada, le guarda rencor a su madre. Te diré que tiene unos ojazos oscuros maravillosos. La entiende, dice él, pero no quiere volver a verla. La entiende perfectamente, dice, pero a la vez no puede aceptar

¹ Arturo Fontaine es un novelista y poeta chileno. Se graduó en filosofía en la Universidad de Chile y luego obtuvo un Master of Arts (M.A.) y un Master of Philosophy (M-Phil.) en Filosofía en Columbia University. Ha sido por muchos años profesor de filosofía de la Universidad de Chile y recientemente se incorporó, además, a la Universidad Diego Portales a cargo de la Cátedra de Humanidades. Ha sido profesor invitado en diversas universidades, entre ellas, Oxford, Columbia y Boston University. Dirigió por 31 años el Centro de Estudios Públicos de Chile. Su última novela, *La vida doble*, publicada en castellano por Tusquets y recientemente en inglés por Yale University Press ha sido elogiada por la crítica, no sólo en Chile, sino que en La Nación de Buenos Aires, El País de España, The Guardian, World Literature Review, Los Angeles Book Review y The New York Review of Books, entre otros. Contactos: arturofontaine13@gmail.com

lo que hizo. Ha tratado y vuelto a tratar, pero no puede, dice. No fue mi mamá, dice, y ya no podrá serlo nunca. Es lo que ella no comprende, ella cree que ahora sí. Ella dice que ahora me necesita, que podría, al menos, ser una especie de tía. Pero eso también es imposible, dice él, porque no es mi tía sino que es mi mamá que no tuve, dice él. Para mí es mejor no verla. Eso dice.

Claudia me pide que yo, como chilena, hable con el muchacho, que le hable de nuestra lucha, que trate de explicarle, que trate de reconciliarlo con su madre. ¿Sería ese Francisco el hijo de Tureca? No quise conocer a ese joven, busqué un pretexto para no encontrarme con él. No quería ver su cara. Tuve miedo. ¿Qué habrá sido de él?

Claudia me llamó para cancelar el almuerzo. Me ha surgido un problema de última hora, se excusó. Encontémonos la próxima semana, me dijo. Yo te llamo para fijar el día. No me llamó. La telefoneé y nunca la encontré. Lo mismo me ocurrió pocas semanas después con Mireya. Con Mario nos tomamos un café. Fue muy simpático. Quedó de llamarme y no lo hizo. Debe de haber sido entonces, creo, cuando llegaron rumores sobre mí y empecé a ser dejada de lado. Nunca pude averiguar cuánto sabían o qué se rumoreaba de mí exactamente. Lo cierto es que mis amigas dejaron de llamarme. No me importó tanto. Era, por fin, una mujer libre y feliz. Roberto seguía enamorado de mí y se llevaba bien con Anita. A mí eso me bastaba.

53

De puro intrusa encuentro en su escritorio un sobre y mi corazón da un salto. ¿De puro intrusa? No. La verdad es que desde hacía tiempo ella era otra. La sentía distante. Quería preguntarle: ¿Por qué se te olvidó cómo abrazarme? ¿En qué momento mi cuerpo se te hizo ajeno? Me daban ganas de abrazarla y no me atrevía. No como antes, al menos. A sentía tan desapegada.

Y yo conozco esa letra, ¡cómo no!: es Rodrigo. Así me entero de que, después de todos estos años, ha ubicado a mi hija y se cartea con ella. El asunto no me gusta nada. Anita, presionada por mis preguntas, me confiesa que se va a Chile a vivir con su padre. Por un tiempo, dice al ver mi cara desechada por la pena. Digo dos o tres tonteras para disuadirla: que los estudios en Suecia son tanto mejores,

que le conviene graduarse aquí... Me dice que parte la próxima semana: Mi papá me mandó los pasajes. Lo dice como si tal cosa, como si su papá hubiera sido siempre su papá. Su inocencia me golpea. La abrazo, sujetando apenas el reventón de las lágrimas, y le digo que yo siempre querré para ella lo mejor, que ella debe vivir donde sea feliz. La estrecho en un abrazo largo, apretado, terrible que interrumpo de pronto para correr a mi pieza. Me tiro en la cama, la almohada de pluma en la boca. Si mi llanto brusco pudiera ahogarme.

Me derrumbo. Hay que aprender a vivir de nuevo. Sin Anita. Con esta tristeza. Me llama por teléfono al día siguiente de llegar a Santiago. Está dichosa. Su padre tiene una casa con un enorme jardín, trabaja de corredor de propiedades, su mujer es encantadora, también sus hermanos. Aló, aló. ¡Aló! Aló, mamá, ¿estás ahí? No pude hablar. Si abro la boca romperé a llorar.

